

Heya Peek 2007 Azumazeki-beya

por Chris Gould

Para conmemorar la retirada de Azumazeki Oyakata, Chris Gould rescata un artículo no publicado de Septiembre de 2007, en el que nos mostraba una el final de una época que pronto se acabará.

Mientras el sol caía implacable el día 12 del torneo, lo que hacía que los habitantes de Ryogoku abrieran sus sombrillas negras, vi a Azumazeki oyakata bajo la sombra de la caseta de seguridad a la entrada del Kokugikan. Quería ver dónde vivía, en dónde se alojó una vez mi compatriota Nathan Strange, y donde se formó el primer gaijin yokozuna del sumo.

"¡Hey! ¡Has venido de nuevo desde Inglaterra! Dijo el hawaiano de pelo gris, reconociéndome al instante de nuestra reunión anterior. "Hemos tenido un tiempo increíblemente extraño esta semana. Demasiado calor. La próxima semana estará más fresco. Más previsible." En ese momento, uno se pregunta si el 'increíblemente extraño' tiempo ha causado el increíblemente extraño comportamiento de las últimas semanas, en las que se ha visto la espiral que ha hecho caer a Asashoryu en la depresión y a una incoherente mujer invadir el dohyo de sumo.

'¿A qué hora empiezan?' pregunté.

'Alrededor de las 7,' me contestó con su característica voz ronca.

'¿Tengo que llevar algo? ¿Un regalo o algo similar'

El oyakata infló la cara de forma divertida. 'No tienes que traer nada más que a ti mismo,' me contestó bruscamente.



Por lo tanto, a las 6.45 del día siguiente inicié el largo y sinuoso camino bajo el sol hacia la zona de Higashi-Komagata, el vecino distrito de Ryogoku. Escondida en estas callejuelas - quizás demasiado bien escondida - está una pequeña parcela de tierra que es para siempre Hawai. Hasta junio de 2009 estas tierras pertenecerán a Jesse Kuhaulua y en ellas se desarrolló la Azumazeki-Beya dos años después de su retirada en 1984. En sólo siete años la heya se convirtió en una prestigiosa entidad del sumo. A lo largo de la década de los 90, gracias al alto yokozuna hawaiano Akebono, Azumazeki se convirtió en una poderosa heya de sumo, que atrajo a luchadores de alta calidad como Takamisakari y Ushiomaru y que aumentó el valor de lo que tenía más allá de lo que se creía. La frase que había pronunciado a los medios de comunicación después de la ceremonia de apertura 'I rikishi o sagashitai' (quiero buscar buenos luchadores)" parecía increíblemente modesta en

retrospectiva.

Había grandeza en el vestíbulo de la heya, algo que faltaba en la fachada exterior y en la sala de entrenamiento. Las exhibiciones de lujo, como el gigante Takamiyama pintando y el primer cinturón blanco que usó Akebono (bien conservado en una vitrina) pronto dio paso al rayado suelo, el papel pintado y andrajosos cojines sobre el suelo. El único cojín decente estaba reservado para el perro de Azumazeki, un encantador caniche de siete años, elegantemente esbelto, con un pompón en las orejas y de pelo gris rizado. Veinte y nueve bolsas de arroz descansaban contra la pared a la izquierda de la zona de observación, mientras seguramente la bolsa número 30 era la que había desencadenado la hiperactividad en la cercana cocina. En general y con la poca luz del día que entraba a través de las barras de madera de las ventanas, la sala de entrenamiento se mantenía en un sombrío color naranja por la luz artificial; notablemente menos brillante que el mawashi de Takamiyama que usaba en la década de los 70.

En público, Azumazeki oyakata se muestra en el papel de gigante gentil y encantador, con una tranquila voz ronca y un apretón de manos que te tritura los huesos. En la intimidad de su heya, esta afabilidad se modifica hacia la firme convicción de "mostrar a los rikishi quién es el jefe." Los recientes acontecimientos relacionados con un yokozuna y un partido de fútbol confirman que la relación entre oyakata y deshi es básica para la supervivencia. El oyakata tiene que consolidar su

posición de autoridad, especialmente cuando en el caso de Azumazeki hay que entrenar a luchadores de 200 kilos de peso y dos metros de altura!

Azumazeki hizo poco para mejorar su rigurosa reputación en la 13ª mañana del Aki Basho de 2007. Estaba dirigiendo tranquilamente la segunda mitad del entrenamiento con una gran camiseta blanca y un chándal de color negro, y parecía más preocupado por los espíritus de la docena que estaba a su cargo. A diferencia de la mayoría de los entrenadores, prefiere aleccionar a los luchadores junto a él en lugar de gritar por toda la habitación. Su tono era suave y sus observaciones a veces eran divertidas.



Se veían las sonrisas en los impassibles rostros de los sumotori que estaban con él mientras se trataban temas sobre lesiones menores, difíciles rivales de otras heya y de los resultados que esperaban lograr en un futuro torneo. El rigor se le dejó a un oyakata subalterno cuya única actividad fue aparecer de repente antes de que lo hiciera Kuhaulua y golpear con un palo de bambú en la espalda de un joven y alto deshi, que permanecerá en el anonimato por el bien de su dignidad. El entrenador fue lo suficientemente avisado como para amenazar con

más golpes, dando la sensación en varias ocasiones de que iba a golpear a los sumotori, que con contracciones involuntarias se retiraban del alcance de la vara como si fuera una porra eléctrica. El joven entrenador detestaba claramente la falta de respeto mostrada por los luchadores que se burlaron del perdedor de un combate de práctica, y por eso golpeó contundentemente al que se reía más alto.

El gigante ex-Takamiyama me saludó al entrar en la sala de entrenamiento, para mi nerviosa vergüenza. Me sentía totalmente indigno de la acogida; los deshi, que habían trabajado mucho más duro para él que yo, se habían visto obligados a saludarlo. Me sentí doblemente incierto cuando buscando mi bloc de notas me encontré con el doble mentón, las mejillas hinchadas, las cejas tupidas y los ojos de cachorrito de Kuhakua fijados en mí. Yo al menos esperaba hablar del Keiko, pero en lugar de eso me preguntó: “¿Cuándo llegaste a Japón?” Aunque ninguno de los presentes estaba autorizado para decirle sobre lo que hay que hablar, se suponía que debía concentrarse en el entrenamiento más que el cotilleo, ¿no? ¿Como iba a responder?

Lo cierto es que las sesiones de entrenamiento durante el torneo son generalmente más relajadas que las que se celebran en otras ocasiones. Más adelante el oyakata tranquilizó el ambiente acariciando sin descanso a su caniche. “Ese rikishi te está mirando”, bromeó señalando a un luchador de cinto negro de sandanme. Como el caniche se mantuvo escéptico, Azumazeki le giró la cabeza para mirar al rikishi en cuestión. El rikishi era uno de los 12 presentes, dos de los cuales llevaban un cinturón blanco que indicaba su condición de asalariado.

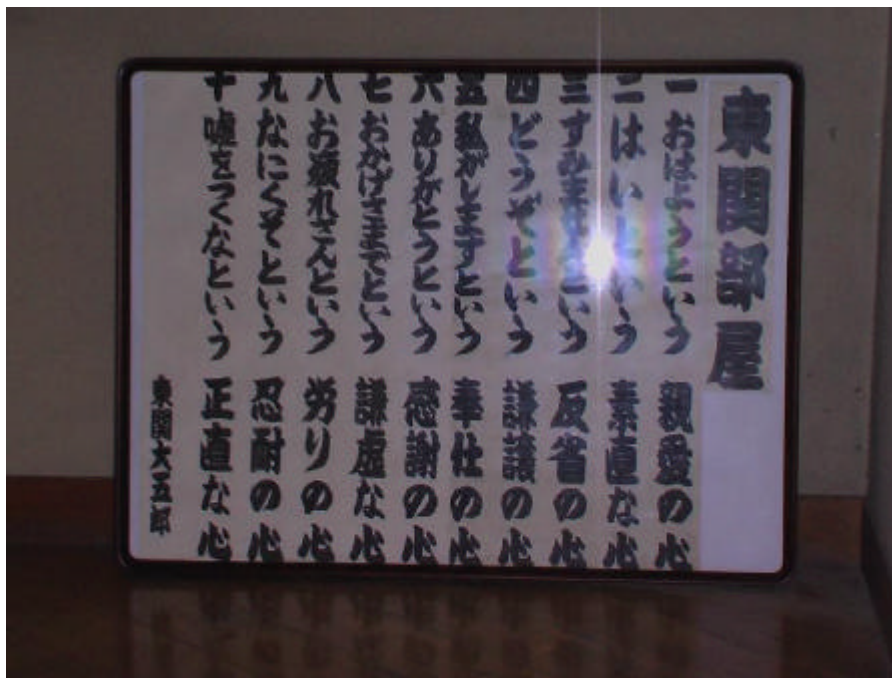
El veterano de cinto blanco era,

por supuesto, Takamisakari "Robocop", cuyas excéntricas payasadas pre-combate con golpes de pecho le han hecho muy popular. Fue igualmente excéntrico en el entrenamiento de ese día, andando inquieto de lado a lado mientras los luchadores de rango más bajo luchaban. En un tiempo récord se aburría de todo lo que hizo. Después de un solo shiko, iba al poste de teppo. Después de un golpe al poste, se fue al otro lado de la sala. Era difícil de creer que yo estuviera observando al sumotori más querido de Japón. Ni un miembro de su grupo de apoyo le estaba observando junto a mí, a pesar de que hubieran sido bienvenidos.



¿Tal vez era demasiado pronto o la heya era demasiado difícil de encontrar? ¿Quizás ningún trabajador o estudiante tenía tiempo esa mañana para ver el entrenamiento? Pero incluso con todas esas limitaciones, parece inimaginable que los seguidores de los deportes occidentales den la espalda a la oportunidad de acceder de esta forma a sus héroes. ¿Cuándo David Beckham ha hecho malabarismos con el balón en un desértico centro comercial?

Mientras Takamisakari titubeaba, el entrenamiento se intensificaba en la calurosa mañana. Las acometidas se hacían con menos



moderación; un sonoro golpe hizo que la víctima comprobase si le habían quedado marcas en sus mejillas. El incremento del espíritu competitivo hizo que Azumazeki escogiera al larguirucho luchador que había sido golpeado con el bambú para que ganase ocho combates consecutivos. El fallo del joven al no hacerlo provocó una escena inquietante. Después de haber ganado siete combates y buscando de forma desesperada una octava victoria, la abrumadora presión provocó un simple error que le envió cerca de la puerta de salida. El asolado rikishi, tan cerca de agrandar a su entrenador, golpeó los paneles de madera con el puño mostrando su frustración. Entonces comenzó a sollozar; al principio pausadamente para que se confundiera con la respiración después de un combate. Poco a poco sus lágrimas se convirtieron en sollozos incontrolables. Se retiró a una esquina, se hundió entre sus rodillas, buscó a tientas unos pañuelos, se sonó la nariz y se secó los ojos. Seguidamente tosió. Luego se dobló más. Posteriormente se levantó y lloró de nuevo durante 10 minutos. Esto no fue sólo un llanto de dolor. Era el llanto de un hombre roto derrumbado ante una variedad de exigencias a las que sentía que no

podía hacer frente. Azumazeki más tarde reveló que uno de los que estaban a su cargo acaba de "perder a un miembro de la familia." ¿Eran esos los sollozos que un hombre sufre al recordar a su padre, recientemente fallecido?

El entrenamiento continuó como siempre tras el episodio de los sollozos. Tales signos de agitación son comunes en el implacable mundo de las heyas de sumo. Once luchadores simplemente ignoraron a su colega; volvería a su debido tiempo. Los sumotori siempre lo hacen, ¿no?

‘¿Estás bien?’ preguntó Azumazeki cuando cesó el llanto.

‘No se preocupe,’ replicó el joven, con la voz rota, antes de volver a sumergirse en la rutina de entrenamiento.

Después de que Takamisakari y su entrenador cambiaran unas tranquilas palabras que acabaron con una inclinación del primero hacia el segundo, Azumazeki me encaró de nuevo.

‘¿Entonces, qué vas a hacer la próxima semana?’

‘Esperaba visitar otra heya, pero

no hay entrenamiento ¿verdad?’

‘No hay entrenamiento la próxima semana,’ me contestó.

‘Entonces, ¿qué vais a hacer todos vosotros?’

El impresionante hawaiano cerró sus ojos saltones de forma escéptica. Respondió como si hubiera cuestionado el derecho de los luchadores a tener vacaciones. "Bueno, el sumo es muy difícil", comenzó. "Estos chicos han dado el todo por el todo en el torneo y tienen muy poco tiempo libre al año. Voy a decirles que se relajen un poco, que vayan a ver a sus amigos y familiares. Es una buena oportunidad para ellos de ir a sus lugares de origen. Así en una semana pueden volver un poco más frescos para los entrenamientos." Rápidamente aclaró de nuevo, radiante: "Yo voy a ir a ver béisbol. Soy un fan de los Gigantes". Se refirió, por supuesto, a los Gigantes de Yomiuri, el principal equipo de béisbol de Tokio que jugaba algunos partidos esta semana.

Girando su redondo estómago hacia la zona de prácticas, Azumazeki corrigió a Takamisakari. Su otro caniche, mientras tanto, se permitía nuevos niveles de letargo, girando sobre sí mismo alrededor de su cojín en el suelo, con los pompones de las orejas en sus tobillos. En los 12 primeros días de Takamisakari en el torneo ha conseguido tantas victorias como derrotas. Sus próximos combates de entrenamiento me permitirían evaluarle y localizar cualquier pequeña lesión que pudiera obstaculizar su progreso. (Llevaba una pequeña venda en su rodilla derecha y flejes en el hombro). Quince minutos más tarde no tenía ninguna duda de que Takamisakari estaba en perfectas condiciones. Parecía infinitamente más fuerte que los más jóvenes a su alrededor, ganando 16 combates seguidos sólo con la

fuerza de su carga inicial. Los luchadores de la parte superior simplemente se mueven mejor que los jóvenes, canalizando su energía de manera más efectiva y generando más energía de sus cuerpos. El peso no es un problema; los 140 kilogramos de Takamisakari son relativamente bajos para un sumotori. Siempre y cuando golpeé hacia arriba desde una carga baja y utilice sus músculos, mantendrá su rango el día 15. A lo largo de su simulacro de combates, el ruido de fondo eran unos fuertes estornudos (espero que no fuera en la cocina).

Hacia el final del período de entrenamiento, me di cuenta de que la marca del bambú aún era visible en la amplia espalda del luchador chino. Cortes, magulladuras y cicatrices son producto de la práctica del sumo pero uno se sobresalta con el dolor que hay tras algunas de ellas. De hecho este rikishi tuvo suerte. Un oyakata físicamente fuerte no hubiera necesitado amenazarle con un segundo golpe, el primero habría sido suficiente. Es interesante que el incidente ocurriese en ausencia de Azumazeki. Si Azumazeki hubiese estado presente tendría un poder total sobre el uso de los palos de bambú y el joven entrenador sólo podría golpear al rikishi si recibía permiso para ello.

A las 8.20 los luchadores finalizaron sus 90 minutos de trabajo. El caniche previó la inminente salida de la sala y se sentó con las orejas en punta. Takamisakari se hizo cargo del calentamiento final, dirigiendo a sus compañeros en los estiramientos y en el matawari. A continuación pidió a su asistente Taikomaru, un sumotori completamente calvo, que concluyera el procedimiento formal recitando algunas frases cortas que comenzaban con el verbo 'hacer'. El grupo le contestaba. Incapaz de entender el mini sermón, me incliné hacia el

oyakata.

'Son como los 10 mandamientos,' me dijo. 'Están detrás de ti. En la pared.'

Movió su gran cabeza hacia una hoja de papel blanco de formato con 10 líneas verticales de sumo-ji escritas en negro sobre él.

'¿Y son sobre dar lo mejor de cada uno y mostrar respeto?'

Azumazeki suspiró profundamente. 'Sí, son sobre el respeto a los mayores, buen comportamiento, trabajo duro. Es de la escuela elemental.'

'¿Y los deshi lo recitan después de cada práctica?'

'Cada asa-geiko, sí. El último es el que me resulta más difícil conseguir que acepten.'

Casualmente movió su cabeza hacia la izquierda y llamó a un rikishi que sostenía una escoba de paja con sus gruesos dedos. Hablamos un poco del 10º mandamiento.

"Verás," Azumazeki volvió su atención hacia mí "todo es acerca de... incluso si tu rival hace algo malo, tú no pierdes tu

temperamento. Tienes que seguir por el buen camino." El rikishi que no tomó represalias tras ser abofeteado por su rival chino, sin duda es un valioso ejemplo de esta máxima; el chico chino presumiblemente lo valora menos.

"Veintidós años atrás (el entrenador levantó dos encorvados dedos) tuve aquí a un escritor profesional que hizo esa hoja. Hizo un trabajo impresionante."

De repente nos tomamos una pausa; él para una reflexión silenciosa, yo para memorizar sus frases.

'La foto de la entrada,' reanudé la conversación. 'Es la foto como ganador del yusho, ¿verdad?'

El asintió con la cabeza.

'¿Julio de 1972?'

El Takamiyama sobre lienzo brilló con la elegancia de la juventud.

"Hace treinta y cinco años", fue la melancólica respuesta de Azumazeki, mostrando en su rostro, en más de una forma, lo lejos que eso parecía. En aquel momento su hazaña fue legendaria, una primicia mundial.



Ningún gaijin había ganado oficialmente jamás un yusho de Makuuchi hasta que Takamiyama triunfó en Nagoya. Irónicamente la hazaña sembró las semillas de su propia destrucción, inspirando a otros hawaianos que de otro modo nunca se hubieran sumado al sumo para eclipsarlo. La prueba de uno de esos eclipses estaba tres metros detrás de nosotros en el genkan.

'La tsuna en el genkan, 'empecé. 'Es de Akebono ¿verdad?'

'Fue la primera que se hizo para él,' recordó el orgulloso entrenador de Akebono Taro, el primer gaijin en ser coronado yokozuna.

'¿Así que entonces es de Enero de 1993?'

Fue una pregunta retórica, que requería una simple confirmación. Pero al tratar Takamiyama de navegar con su mente por la noche de los tiempos, no pudo recordar la fecha. La tsuna siempre sobrevivirá, y últimamente eclipsa, los éxitos del poderoso cuerpo al que circunvalaba.

Hasta ahora el caniche me ha calentado completamente, acurrucándose en mis rodillas con la esperanza de que le acariciase el bajo vientre. Inevitablemente la

conversación se centró en su excepcional porte (conseguido en clases de obediencia) y sobre el perro en general.

"Normalmente le saco a las 5.35 durante un torneo", me explicó Azumazeki. "Pero a veces, si me levanto temprano, le saco a las 5."

El mero pensamiento de un empezar a las 5, algo común para Takamiyama, cansó a un Azumazeki de 63 años de edad, que bostezó para subrayar ese punto. Se apagaron las luces sobre nuestras cabezas, haciendo que la zona de prácticas tomase un color gris y dependiera de los rayos de luz solar que entraban a través de las barras de las ventanas. Con una amable inclinación en mi dirección, el venerable oyakata relevó al cojín de su enorme peso y se puso de pie. El siempre fiel caniche siguieron su ejemplo. "Gracias oyakata", dije mientras su enorme figura caminaba pesadamente hacia la salida principal y se perdía en las sombras.

Pronto las luces se apagarán en la época del actual Azumazeki, una legendaria extensión de tiempo que produjo el primer ganador de yusho, propietario de heya y yokozuna extranjero, y el primer caniche de sumo plenamente

entrenado. Cuando le visité, Azumazeki oyakata estaba a 21 meses de la jubilación obligatoria de la NSK. Cualquier japonés que herede el reino de Azumazeki posiblemente no podrá dar forma al sumo de forma tan profunda como Jesse Kuhaulua. (Ushiomaru, ganbare.)

Mientras Azumazeki me golpeaba en el hombro, pidiéndome que me cuidase y entrando en el ascensor hacia la zona viviente en compañía del caniche, me sentí abrumado por la sensación de que una era dorada, o más exactamente de naranja fosforito, estaba llegando a su fin. Podía sentirlo en un ambiente casi totalmente definido por glorias pasadas. La puerta del ascensor oscureció el rostro de Azumazeki. Comenzó a subir hacia un lugar más tranquilo. Abajo seguía el estruendo de las ollas, los luchadores charlaban y se movían a toda prisa, mientras se arreglaban el pelo. Para ellos la vida continúa. Los días eran largos, el entrenamiento era duro. Es imposible pensar en términos de meses y mucho menos de años. Pero para mí, fuera de la burbuja del sumo, el tiempo era corto. La Azumazeki-beya estaba a punto de cambiar para siempre, y me alivió el haber estado allí antes de que ese monumental cambio tuviese lugar.